

Organización Agrícola en el Ecuador

Conferencia del Agrónomo MIGUEL ASPIAZU CARBO,
(Dip. I. C. T. A.) para dictarse en la
Universidad Central de Quito, el 9 de Noviembre de 1.934.

Señor Rector. Señores:

Debo comenzar por agradecer profundamente el alto honor que se me concede al permitirme dirigiros la palabra desde esta Universidad. Tengo como única disculpa el sentimiento patriótico que me inspira para hablaros del trascendental problema de la organización agrícola en el Ecuador; y es de obligar en Quito para la conferencia que debió dictarse el 9 de Noviembre último en la Universidad Central, cuyo personal directivo en su afán de difusión cultural, y aunque no tuviera yo mayores ejecutorias para ello, pidió gentilmente mi contingente: más, debido al ataque al Congreso por mercenarios exaltados, hube de excusarme ante la Universidad por la imposibilidad de concurrir a la lectura de este trabajo, pues mi obligación primordial como representante por Los Ríos era asistir al recinto del Congreso Nacional a defender la dignidad Legislativa y el imperio de la Constitución. Luego por la serie de dificultades que se le crearon a la Universidad de Quito y que culminaron con el cierre de la misma, de nada sirvió la buena voluntad que hubiera para acordarse nueva fecha para presentar este trabajo, y ha sido sólo ahora, con motivo de ciertas gestiones para la organización de la Escuela de Agronomía en esta Universidad de Guayaquil, que por los conceptos que al respecto encierra mi trabajo sobre organización agrícola, se me ha brindado este sitio para que exponga esta contribución mía en que hago un llamamiento a todos los sectores agrícolas, para fortalecer la actividad nacional. Comenzaré revisando su aspecto pasado, para proseguir con el análisis del presente, ver las necesidades del futuro, y en consecuencia terminar con algunas ideas generales sobre el plan de organización agrícola.

PRIMERA PARTE

NECESIDAD DE ORGANIZACION AGRICOLA.

Con profundo espíritu sociológico dijo Lamartine que "el primer surco abierto por el hombre en la tierra, fue el comienzo de la civilización". Por ello es que, si deseamos comprender mejor nuestra realidad social, debemos comenzar por ver el estado de nuestra agricultura, que es, en todo caso, y en todo tiempo, la que determina la posibilidad de subsistencia de los pueblos.

Basta una somera mirada hacia la historia de todos los pueblos para comprender que las naciones surgieron cuando los hombres comenzaron a tomar hábitos sedentarios de vida y de cultivo; y así, todo pueblo que, al través de los tiempos, ha tenido un apogeo en su vida, siempre lo fué el de su auge agrícola; prolongándose tal auge, vino la riqueza, que luego llevó al campesino a buscar la molicie y la alegría de la ciudad, y si en élla después sus descendientes se han descuidado del agro, la consecuencia lógica ha sido la pronta decadencia de tal pueblo y el efímero desaparecer de la cultura.

Es así como vemos que el progreso humano varía en cada sector, según como la ciudad ha sabido y sepa cuidar del campo; si lo descuida o lo tiraniza, la ciudad se estanca y decae; si lo engríe y se esmera por él, la ciudad cobra más fuerza y más vigor y su influencia se expande.

Con sentido cabal de estadista, expresaba el mismo concepto, Dn. Theodoro Roosevelt, al decir que "ninguna nación ha podido obtener una grandeza duradera, si esa grandeza no se ha fundado en la prosperidad de la gran clase agrícola; de los hombres que viven en la tierra. Sobre su prosperidad moral y material, descansa en último término la prosperidad de una nación".

I

NUESTRO PASADO.

Primera época:

Cuando los conquistadores españoles se lanzaron a través de los mares, vinieron sólo con la sed de descubrimiento y de codicia, que causaron la enorme sangría cultural de la España y desmenó sus fuerzas y su vigor por todos los continentes del mundo. La primera labor que efectuaron en cada uno de los países descubiertos y conquistados, fué una labor de piratería, en lo que se refiere a la explotación; porque el europeo, al llegar a nuestras playas, sólo se contentó con arrancar a los nativos, cuanto más pudiera, para llevar a la metrópoli un botín, que le permitiera una vejez despreocupada y perfectamente protegida por los tesoros así obtenidos.

En el Ecuador vemos que la primera época de la conquista, en el aspecto agrícola, es simple y llanamente una explotación nómada de todos nuestros productos y de todas nuestras riquezas. El español tomó cada producto del Nuevo Mundo, con las leyendas de las maravillosas aplicaciones que tenían por parte de los indígenas, y sólo se preocupó de extraer cuanto más podía de las selvas, devastando su riqueza natural. Toda su labor se redujo: a la tala de los bosques, para la explotación de las maderas destinadas a las construcciones rudimentarias de la colonia; a introducirse por las selvas, para arrancar de ellas el cacao, la cascarilla y tantos otros productos que encontraban en forma espontánea y silvestre, o de rudimentario cultivo de los indígenas.

Vemos, pues, que en esta primera época, toda la actividad agrícola en nuestro suelo, se reduce a aprovecharse de la obra de la naturaleza y de la obra embrionaria de los incipientes pueblos que habitaban estas tierras de América, incipientes, digo, en relación a la cultura de los conquistadores iberos.

Segunda época:

La segunda época es la que se inicia con lo que podemos llamar la verdadera colonización de nuestro suelo. Algunos españoles que vinieron con codicioso anhelo de riquezas, fracasaron en sus intentos, por falta de recursos materiales, o por contingencias y adversidades de la política rudimentaria y tirá-

nica conque se efectuaba la colonización; otros guardando siempre en espíritu la esperanza de un no lejano triunfo, llegaron a radicarse en uno u otro lugar de nuestro territorio y se vieron obligados a iniciar una colonización estable, que es la que en definitiva llega a transplantar a América la cultura ibérica.

Esta colonización trae consigo, inevitablemente, la necesidad del cultivo que, en primer término, se refiere a asegurar los medios indispensables de subsistencia, y que, luego, cuando la demanda europea crea un incentivo comercial para la explotación de los productos tropicales, se encauza en el sentido de cultivar establemente los productos más apreciados por los europeos, como eran el tabaco, el cacao, y tantos otros productos que constituyen luego poderosas fuentes de riqueza en el trópico.

Estas necesidades de un cultivo estable se desarrollan a base del más perfecto empirismo y de la rutina, pues en aquella época, los fabulosos precios de venta dejaban tan amplio margen de utilidad, aunque las formas de cultivo fuesen absolutamente deficientes, que hasta el más incapaz en esta materia hacía grandes fortunas.

Esta segunda época se extiende en el Ecuador, por todo el largo período que va desde los comienzos del siglo XVII hasta los comienzos del siglo XIX.

En la mitad de tal época, las invasiones piráticas a nuestras costas, llegan a constituir un nuevo incentivo para el impulso agrícola, puesto que las poblaciones establecidas en los grandes puertos, se vieron obligadas a internarse en las selvas en busca de una mayor seguridad personal.

El hecho cumbre que indujo enormemente a fomentar nuestro desarrollo agrícola, en especial en lo que se refiere a la Provincia de Los Ríos, fué la invasión pirática de 1.687, en que entrada a saco Guayaquil, fué vilmente ofendida toda su población. Es en este tiempo que, como consecuencia lógica, vemos a todas las grandes familias coloniales de Guayaquil, huir del puerto principal e internarse en poblaciones, entonces muy primitivas, como Daule, Baba, Bodegas, (hoy Babahoyo), Palenque, Santa Lucía, Balzar, Caracol, Pimocha y algunas otras de nuestra costa.

Cosa igual sucedió en la Provincia de Manabí, y así también se fomentó, y, en algunas partes, se originó la colonización interior.

Recluidas en lugares apartados y primitivos y sin mayores medios de comunicación, todas aquellas familias, ya no solamente tenían el interés, sino el deber de laborar con todo empeño por el desarrollo agrícola, lo que hizo enorme peso en la colonización más metódica y eficiente del campo.

Tercera época:

Ya en los albores de la independencia, el desarrollo del consumo europeo, la apertura de nuevos mercados en el mundo, la vida más intensa y civilizada, el empleo de los nuevos medios de transporte que trajo al mundo el siglo XIX, empujaron los países del Continente de Colón, a un desarrollo mercantilista que crea una enorme sed de remuneración y una vasta posibilidad de riqueza.

Todo el que se esfuerza, todo el que negocia; hace fortuna. Esta realidad produce una profunda fé en el éxito, y trae como consecuencia, el deseo inmoderado de aumentar la producción, lo que se traduce, en nuestro medio, en una intensa labor agrícola, que es el origen de la formación de nuestras grandes fortunas del siglo pasado y que, en fin de fines, han constituido el aporte más valioso y práctico para el mantenimiento de nuestra independencia económica y política. Este desarrollo agrícola fué de carácter especialmente empírico, si bien es cierto que era la base para el delineamiento de una técnica que iba creando entre nosotros, subconscientemente la experiencia.

En tal época tratándose de países nuevos, extensos, naturalmente fértiles y con una enorme falta de brazos, conocimientos y capitales, la única forma de poder comenzar un fuerte desarrollo agrícola, era aquella que se somete al cultivo extenso, y no al cultivo intensivo.

Tenemos el caso práctico del desarrollo de nuestra industria cacaotera, que de 100.000 cargas en los comienzos del siglo XIX, sube rápidamente y llega a más de 800,000 quintales a fines del mismo siglo. Condiciones excepcionales permitieron este desarrollo monumental, ya que siendo el medio y el suelo, extraordinariamente propicio para el crecimiento del cacao, y no existiendo entre nosotros enfermedades graves que afectarían a tal cultivo, su desarrollo sólo fué el resultado de la metodización en la labor y de la perseverancia en élla.

El consumo creciente en los grandes centros europeos respaldó en todo momento la acción de fé que realizaron nuestros

antepasados del siglo XIX. Y si bien es cierto que por entonces no hubieron problemas especiales que resolver, tuvimos entre nosotros espíritus previsivos, que, conocedores de la forma como se orientaba la labor agrícola en los viejos países de la Europa, se preocuparon del futuro de nuestra agricultura.

Rocafuerte se afanó por crear un instituto agrícola, instituto que, desgraciadamente, no perduró mucho tiempo, ante todo, porque la técnica agrícola tropical no se había sistematizado científicamente, pues sabido es que son, de modo principal, los grandes problemas, los que crean la conciencia necesaria para saber encontrar las soluciones adecuadas que ellos requieren.

Esos primeros pasos de un gobernante previsivo, tuvieron su repercusión posterior. En 1.847 se establece en Guayaquil la Junta de Agricultura, cuyos principales fines eran: 1º, promover la mejora en el cultivo y beneficio de los frutos que se cosechan; 2º, buscar la mejor forma y los medios para la aclimatación de plantas y frutos útiles que vengan a tonificar más nuestra agricultura y a crear nuevos renglones de exportación, y 3º, laborar por la limpieza de los ríos, por la apertura de caminos, por la construcción de puentes, por las obras de riego y de drenaje y por todas las demás actividades que tuvieran interés y aplicación agrícola. Pero nuestra turbulenta vida republicana y la prosperidad ininterrumpida de la industria caocatera, hicieron que tan bellos móviles y tan nobles propósitos no se sistematizaran, y que no se llegara a realizar, en ese campo, ninguna labor material positiva.

En toda esta tercera época de nuestro pasado agrícola, el Estado prospera de las riquezas que da la tierra y que levantan los agricultores, sin que el Estado jamás se preocupara por hacer nada que tienda a fortalecer las bases de sustentación de esa industria que alimentaba su vida. Podemos sintetizarla, diciendo que nuestra agricultura prospera y se desarrolla, a pesar de todos los esfuerzos que en su contra hace el Estado, ya que la financiación de este es siempre a base de tributos y cupos a todas las formas de la actividad agrícola.

Es solamente en los albores del siglo XX, cuando esporádicamente vemos en nuestra legislación ciertos intentos de proteger algunos renglones de nuestra exportación, desconcertados ya por la competencia de otros países. Y así, en el año 1.902, comienza a discutirse activamente en el Congreso, una Ley que prohíbe la tala de árboles de caucho, es decir, su

destrucción total, y establece premios para quienes los siembran de un modo metódico y bien orientado; Ley que, a pesar de su laudable fin, no llegó a convertirse en realidad, por cuanto, aunque fruto de una aspiración patriótica bien intencionada, no era el resultado de un metódico estudio del problema.

II

NUESTRO PRESENTE

Veamos someramente las condiciones que nos llevan a la situación de desconcierto y de descalabro agrícola en que hoy nos encontramos.

1.—*Intereses europeos contra los latino americanos:*

Durante todo el siglo XIX se intensifican enormemente los negocios de los europeos y el consumo creciente de los productos tropicales de los nuevos países de la América. Los astutos economistas de Europa, comienzan entonces a reparar en la necesidad de liberar a sus naciones de la servidumbre económica que las nuevas costumbres y las nuevas necesidades van imponiendo a sus pueblos respecto de los jóvenes pueblos de América. Y es entonces cuando agudizan su ingenio, aprovechan todos los medios de guerra y de diplomacia que poseen, para dedicarse a la conquista del Continente Negro y, como lo han llegado a realizar ya, oponer el Africa a la América, el negro al criollo, el colono al independiente.

Y esto lo hacen estudiando sistemáticamente la forma que deben proceder para librarse de nosotros, y dedicando algunos de sus mejores cerebros al estudio de los problemas agrícolas tropicales, para crear una nueva técnica y no verse, en ningún caso, en brazos del fracaso.

Un ejemplo de esto es el caso de la quinina. Inglaterra envía a la América, misiones que recorren las selvas del Ecuador, Perú y Bolivia, como la de Sir Clement Markham, que van recogiendo cuidadosamente semillas de las diferentes clases y variedades de árboles de quina, y, a pesar de todas las prohibiciones aparatosas, y no efectivas, dictadas por nuestros incipientes gobiernos, esas semillas transponen nuestras aduanas, y fructifican. —a través de los tiempos—, en una nueva industria de la quinina en la India y en Ceylán, pero que, por supremacía científica y cultural, llega prontamente a ser arrebatada

por Holanda, culminando en la situación floreciente en que hoy se encuentra en las Islas Neerlandesas, especialmente, en Java y Sumatra, que conjuntamente controlan el 80% de la producción mundial de quinina. Los métodos de industrialización científica que se emplearon, hicieron que el costo de producción de este artículo en esas regiones y la calidad misma de ellos lo pusieran en condiciones tan superiores en la competencia internacional, que rápidamente en la América Latina, declinaron las exportaciones de nuestro producto espontáneo, y comercialmente perdimos ese importante renglón de riqueza.

Igual fué el caso del café. Inglaterra trató de desarrollar en Ceylán y en algunas colonias del Africa, una industria cafetera para oponerla a la del Brasil y a la de otros países de América meridional y Central, labor que aún no ha tenido sus frutos decisivos, porque, en ciertos casos, la naturaleza ha sido hábil protectora de nuestra economía, y así, la terrible plaga o enfermedad de las hojas del cafeto, conocida con el nombre científico de *Hemeleia Vastatrix*, arruinó la ya floreciente industria cafetera de Ceylán. Pero el peligro respecto del café aún no desaparece, porque poco a poco se van levantando en el centro del Africa, nuevos y enormes sembríos científicos de café, que tienden a liberar al Imperio Británico, a Francia y a Italia de su servidumbre económica hacia América por el consumo de este producto.

¿Y quién no sabe lo que pasó con el caucho? Nuestra incuria, nuestra codicia y nuestra mala fé, fueron llevadas a la excelcitud, y casos se deben en que las bolas de caucho que se exportaban, eran unas masas informes de caucho bruto con piedras, tierra, basuras y cuanto más era posible agregar. Los reclamos de los importadores extranjeros no sirvieron de nada; cerramos nuestros oídos a ellos, y como el caucho iba día a día teniendo mayores aplicaciones industriales, este mismo interés industrial hizo que los grandes manufactureros europeos gestionaran activamente la mejor forma de levantar una industria propia y realizar un eficiente desarrollo cultural y agrícola de este producto, que les asegurara la calidad y cantidad del mejor caucho. Inglaterra tomó la directiva en este movimiento; misiones de botánicos recorrieron la América y, después de estudiar las diversas variedades de caucho existentes en nuestras selvas, llegaron a la conclusión de que el mejor caucho era el del Pará. (*Hevea brasiliensis*). Informado el Gobierno Brasileiro de los deseos y de los intentos británicos, de llevarse

las semillas de este árbol silvestre de las riberas del Amazonas, dictó una prohibición especial para su exportación; pero por medio de un trabajo paciente y a costa de mucho dinero, y luego, en un barco especialmente fletado, sacaron piráticamente las semillas que fueron llevadas hasta Inglaterra, transportadas desde el puerto en un tren hasta los Jardines Botánicos de Kew, cerca de Londres; germinadas cuidadosamente las semillas, se repartieron luego, las plantitas en todas las colonias del Imperio Británico; más tarde, intensificada su producción en el Estado Federal de Malaya, vimos como este producto científicamente cultivado, llegó a desarrollarse de un modo tan prodigioso, que, a pesar de la creciente demanda, por el fantástico desenvolvimiento de los medios de transporte automóviles del consumo, que los precios bajaron estrepitosamente y hubo de dictarse medidas especiales para restringir la explotación de las plantaciones de Malaya que producía cosa del 10% del caucho mundial. En cambio, la industria del caucho silvestre de América, prácticamente ha muerto y si, por una u otra contingencia repentina, en un momento dado, pueden ofrecerse cotizaciones interesantes para exportar ciertas cantidades de nuestro producto, mientras no modifiquemos nuestras formas de cultivo, no tendremos mayores esperanzas de continuar una exportación estable del caucho.

Algo parecido ha sucedido con la exportación del henequén mejicano del Yucatán. Poco a poco, Inglaterra ha desarrollado en el centro del Africa una industria tan fuerte que le libere del enorme desembolso que por tal concepto tenía forzosamente que realizar en favor de Méjico.

Lo mismo se trató de hacer con los sombreros de Jipijapa, los mal llamados sombreros de Panamá; e Inglaterra fué una de las primeras en tratar de desarrollar esta industria en Jamaica, hasta donde llevó tejedores ecuatorianos. Y si hoy que el Japón se levanta amenazante en contra de esta industria nuestra, no nombramos una Comisión Especial que estudie el problema agrícola y comercial que afecta al sombrero de Manabí, corremos el inminente peligro de que, a la vuelta de pocas décadas, hayamos perdido nuestra situación privilegiada en los mercados mundiales respecto de este producto que tanto orgullo nacional nos causa, y que constituye el medio de subsistencia de grandes regiones de nuestra República.

El caso del cacao es otro caso típico de lo que puede con-

seguir el desarrollo consciente de una industria. A mediados del siglo pasado, era el Ecuador el principal productor mundial, tanto en cantidad como en calidad, de este apreciado artículo. Fué Inglaterra también, la que entonces tomó la directiva para quitarnos la égida económica que teníamos por este concepto; comenzó a fomentar en las Antillas y siguió fomentando en el Africa con más impulso aún, la formación de extensos cultivos de cacao, lo más racionalmente posible; laborando a base de mayor previsión, e indudablemente, a base de nuestra propia experiencia, y de la abundancia de mano de obra de ellos. Francia siguió este movimiento, y así hoy, las antiguas selvas que bordeaban el Golfo de Guinea en las Colonias de Accra, Lagos y la Costa de Marfil, dan cerca de 75% de producción cacaotera mundial. Nos han quitado la égida en cantidad, y nos la quisieron quitar en calidad; y para esto, los ingleses llevaron cuidadosamente en 1.917 a Jamaica nuestras semillas, y con igual cuidado las sembraron y las cosecharon, pero felizmente para nosotros, la naturaleza ha sido nuestra buena aliada, y la calidad del fruto que la planta originaria de este país ha dado en otro suelo, ha sido perfectamente diversa del que rinde cuando está sembrada en nuestro territorio, por lo cual está detenido por el momento el anhelo de quitarnos la situación preponderante que ocupamos como los productores de la mejor variedad de cacao en el mundo, cacao que por su aroma y por su sabor se hace indispensable en la manufactura de toda clase de chocolates finos. Este hecho nos coloca en una situación de preponderancia que no debemos desperdiciar, y por lo cual, debemos esforzarnos desde ahora mismo por laborar la calidad del "cacao nacional", y al propio tiempo restablecer cuanto antes, y con los medios más eficientes, nuestras devastadas regiones cacaoteras, para las que sólo hemos tenido las más gravosas restricciones del Estado, sin hacer nada efectivo por ellas, a pesar de que el cacao ha constituido y aún constituye nuestro más fuerte baluarte para el mantenimiento de la vida nacional y de la independencia económica del país.

Hasta hoy, la América Latina, dividida en múltiples Estados y siguiendo una política de indolencia, de esa indolencia efecto de la opulencia, no ha buscado una forma efectiva de cooperación en la defensa común, no sólo de su economía, sino de su cultura y de su raza. Ha llegado el momento de que cuanto antes busquemos los medios de una cooperación efectiva, por lo menos en lo que se refiere al estudio de nuestros proble-

mas materiales, haciendo que las investigaciones y publicaciones que se efectúan en uno u otro lugar, sean utilizadas en común, más eficientemente, para la defensa de nuestro Continente. Debemos encontrar los medios más apropiados para servirnos mutuamente con nuestras estadísticas, con los datos de precios que obtengamos y con muchos otros aspectos, pero sobre todo, en las búsquedas de mercados para nuestros productos, lo que debe realizarse en tal forma que nuestros deficientes servicios consulares puedan constituir en el mundo una cadena irrompible para el mantenimiento de nuestra vida en el porvenir.

Ya hemos visto como, aprovechándose de excepcionales condiciones y circunstancias, tales como la mano de obra barata que ofrecen los pueblos salvajes del Africa, los europeos han podido crearnos una pequeña competencia para nuestros productos, que han hecho surgir de un momento a otro, asistida por el estudio y dirigida por la ciencia. Tras ello, dado el estado colonial de los países en los cuales se ha desarrollado e intensificado esa producción de artículos de competencia para los nuestros, y el hecho de que nuestros mejores mercados consumidores han sido las metrópolis de esas colonias, han llegado a consolidar la situación mediante tarifas preferenciales, creándonos problemas profundamente difíciles. Los países de Europa han sido siempre los consumidores por excelencia de los productos americanos, y casi todos ellos, tanto los que son, metrópolis de esas colonias como los que no son, tienen entre sí tratados comerciales a base de la cláusula preferencial de la nación más favorecida, con lo que nos encontramos ante un problema enormemente grave para nuestros productos, máxime si nos damos cuenta de que el control universal de fletes marítimos está radicado en la Conferencia Naviera de Londres, que es la que fija las tarifas específicas a cobrarse por cada producto que se transporte de uno a otro puerto del mundo, con lo que Inglaterra puede siempre fácilmente efectuar el mayor "boycott" de los centros productores que le interesa eliminar.

2. — *Causas del desastre del cacao:*

Ya que hemos hablado del cacao, miremos de un modo general cuales han sido las causas que han llevado a esta industria al descalabro actual, para sacar las conclusiones de como debemos orientarla en el futuro.

En un párrafo anterior dejamos perfectamente establecido

que el cacao ha tenido que cosecharse en la forma de cultivos extensivos; debido a que existiendo enormes cantidades de tierra, al empresario, que estaba limitado en toda acción por las condiciones naturales y por la dificultad de obtener mano de obra, le era mucho más provechoso y conveniente, plantar los árboles lo más cerca posible, para tener que gastar mucho menos en el trabajo de limpieza de las huertas cacaoteras, porque la misma sombra de los árboles llegaba a constituir un medio natural de estirpar el crecimiento de malezas. Llegó a darse el caso de que en una hacienda cualquiera de nuestro litoral, con veinte y cinco hombres se pudiera cultivar, sostener y cosechar, 100.000 matas de cacao al año. Esto, indudablemente, constituye un record, y si no se hubiera seguido el sistema extensivo que se ha practicado, jamás habiéramos podido tener el desarrollo tan formidable de la producción cacaotera que llegamos a alcanzar y que a comienzos de este siglo, llegó a pasar del millón de quintales.

Desgraciadamente, allá por el año 1.915 comienza a propagarse la terrible Monilla, enfermedad que merced a la humedad del invierno, rápidamente dañaba las mazorcas en casi todas las etapas de su formación. Esto produjo un pánico tremendo entre los cacaoteros, y por ello fué que la Asociación de Agricultores, en el año 1.918, trató de establecer una campaña contra el mal, e hizo venir al país, al conocido micólogo americano Mr. Rorer, que había sido miembro del Departamento de Agricultura de Trinidad (Antillas Británicas).

A los pocos años de que Mr. Rorer había iniciado su labor, apareció entre nosotros un flagelo peor aún que aquel otro: La Escoba de Brujas, enfermedad que consiste en un hongo que, gracias a las condiciones de la humedad, aumenta rápidamente, haciendo dos clases de daños al cacao: 1º, las mazorcas en formación y hasta las que alcanzan la mitad de su desarrollo se petrifican con manchas negras, quedando enteramente inútiles; si las mazorcas ya han llegado a más de la mitad de su desarrollo, tales manchas no llegan a dañarlas totalmente, sino que afectan a zonas de mayor o menor importancia, según sea mayor o menor el tiempo que falta para la cosecha, esto es, para el desarrollo total de las mazorcas; mejor dicho: si las mazorcas han pasado ya la etapa media de su desarrollo, no llegan a dañarse completamente, sino que se altera cierto número de almendras de cacao. Y 2º, el mayor mal que hace la escoba de brujas al cacao, es a la planta misma, porque ata-

cando las hojas tiernas, las hace desarrollar enormemente, en forma desproporcionada e inútil para la vida de la planta.

Este segundo aspecto es el que mas profundamente afecta la producción del cacao, ya que, como es sabido, la fase productiva de una planta cualquiera depende de la relación que existe dentro de su organismo entre la savia ascendente y la savia descendente; cuando una mata está rica en savia ascendente es cuando, hablando de un modo general, se la considera en su fase vegetativa, o sea que toda su tendencia es a aumentar en raíces y a aumentar en hojas. Estas últimas, en virtud de la conocida asimilación clorofilica, llegan a elaborar principalmente carbohidratos, los que forman el principal aporte para la savia descendente, que se va estacionando dentro de las partes mismas de la planta. Cuando la cantidad de esta savia descendente, llega a sobrepasar un porcentaje dado, en relación a la cantidad de savia ascendente, que constituida principalmente de productos nitrogenados, es cuando comienza a efectuarse el florecimiento.

Aquí vemos pues, cómo el daño de las hojas viene a significar directamente una terrible disminución en la posibilidad de la planta de tener savia descendente, o lo que es lo mismo, de florecer, de cargar y fructificar. De allí que al año siguiente de un fuerte ataque de brotes de Escoba en una plantación de cacao, la cosecha sea pobre o nula. Es en tales condiciones cuando las arboledas aparecen "peladas", sin hojas, y cuando los agricultores se descorazonan, creyendo definitivamente arruinados sus cacaotales. Por otras condiciones que no es del caso anotar aquí, una huerta en zonas con meses de marcada sequedad, y que es la región mas propicia para la buena calidad del cacao, no puede subsistir, porque se apolillan las ramas de las huertas expuestas excesivamente al sol, pues las estomas de las ramas y hojas del cacao tienen la incapacidad de regular la pérdida de agua, y por todo esto la consecuencia indirecta de la escoba de brujas es que por la insensibilidad de las estomas, sobreviene una alta mortalidad en las arboledas de cacao.

Por el atraso sufrido en virtud de la Escoba, al año siguiente, el cambio de hojas resulta también atrasado, y en vez de efectuarse en la época normal que, por lo general, es la época lluviosa o de salida de aguas, se produce ya entrado el verano, y como en tal época de sequedad no hay esporas de la Escoba de Brujas en condiciones peligrosas, sucede que el cambio de hojas se efectúa normalmente, y "vestida" de nuevo la planta con

hojas sanas, comienza ésta a trabajar sin alteraciones, o sea a enriquecerse con savia descendente. Viene después el invierno y atrasadamente trata de fructificar la planta, pero, en virtud del mismo atraso, esta pequeña tendencia a la fructificación se detiene y pierde en el invierno mismo y, por consiguiente, la cosecha no es de significación alguna. Debo aclarar que las hojas salidas normalmente ya en su estado de madurez, no son infectadas por la Escoba de Brujas, por lo cual, a pesar del invierno, se salvan y solamente resultan enfermos los pequeños brotes de hojas que pudieron salir durante él, pero que no son abundantes, por cuanto estaba la planta relativamente rica en savia descendente, y esta savia limita la posibilidad de salidas de hojas nuevas en las plantas.

Cuando llega el nuevo verano, las hojas ya buenas continúan trabajando normalmente durante todo su curso, y tempranamente viene una florecencia que se traduce en una cosecha adelantada a comienzos del invierno siguiente, y que es lo que se considera la materialización de una "reacción en el cacao". Entonces es cuando vuelve el optimismo a los agricultores caoteros y a todo el país, pensando en la salvación de la mejor fuente de nuestra riqueza, sin necesidad de mayores esfuerzos. En tales condiciones, la vida de las plantas de cacao están de nuevo dentro de su normalidad; a salida de aguas, antes de que hayan cesado las lluvias, sucede fatalmente el cambio de las hojas después de esa cosecha que ha dado algo de frutos e ilimitado entusiasmo; desgraciadamente, casi todas las nuevas hojas resultan enfermas, o sea brotes de Escoba, y así vuelve a comenzar otro ciclo de malas cosechas, de desconcierto y de pesimismo.

3.—*El descalabro económico:*

Entre estas alternativas de alzas y bajas en la producción del cacao, se presenta para nosotros, un problema económico sumamente grave y que puede dividirse en dos aspectos diferentes: el uno es el que viene de la crisis local de la industria básica del país; habiendo sido la Costa la que en todo tiempo ha dado el mayor aporte para la exportación, a su vez la Costa ha sido siempre tributaria de la Sierra, respecto a los productos agrícolas de esta región, indispensables para su consumo; arruinada la agricultura costeña, en primer término por las malas cosechas de cacao, la Costa se ha visto en la imposibilidad de hacer las compras en gran escala que antaño hiciera a los agri-

cultores serranos, y así la crisis del cacao ha redundado directamente también en crisis de la agricultura serrana. Cuando padecíamos el descalabro interno, se nos presentó la repercusión del fenómeno de crisis económica universal última de baja de precios iniciada en 1.929, que es el segundo de los dos aspectos a que me he referido, y del que no hemos podido sustraernos, y que además ha venido a agravar enormemente nuestra situación, sin que aún hallemos medios para salir de la ruinosa situación que nos domina. Esta crisis, al reducir enormemente los precios de los productos de exportación, ha agravado mucho más la situación de la agricultura costeña, y por ende, de la agricultura serrana.

Sobre la base de estadísticas que poseo, puedo asegurar que el valor de la producción cacaotera actual, en sures deprecia- dos es apenas el 40% de lo que ha sido en tiempos normales. Con esta producción tan reducida, el agricultor costeño tiene que hacer frente, primero, a sus aumentadas necesidades de vida; segundo, al pago de sus antiguas deudas; tercero, a la res- titución de los atrasos que le ha ocasionado la crisis, y cuarto, a la rehabilitación de sus debilitadas haciendas.

Esta enunciación tan simple, puede mostrar de un modo irrefutable y clarísimo, la enorme gravedad que entraña el pro- blema de la rehabilitación agrícola nacional.

III

NUESTRO FUTURO

Por todas las condiciones expuestas, es innegable que vi- vimos una época en que el rendimiento agrícola, debido a la crisis, a la competencia tremenda y a las pestes, apenas si es mayor que el azar, el riesgo que toda empresa agrícola lleva en sí. Esto implica que el margen de ganancias es su- mamente exiguo, y siendo exiguo, limita necesariamente toda posibilidad de expansión y, hoy por hoy, el agricultor vive so- metido a la rutina, que, felizmente, no es, en el fondo otra cosa, que la síntesis de dos grandes cualidades: la experiencia y la prudencia.

Salir de esta situación, implica un doble problema: saber salir de élla y poder salir de élla. Para lo primero, necesita- mos ciencia; para poder salir de élla, crédito. He allí los pro- blemas fundamentales: instrucción y capitales. La instrucción

que, desgraciadamente, no se realiza entre nosotros y cuyos beneficios serán tanto más lentos cuanto más se tarde en iniciarla vigorosamente; y los capítulos que tenemos que agenciarnos en aprovecharlos, dentro de nuestros escasos recursos y con los medios tan poco eficientes que se nos ofrece.

Cuando un país en crisis quiere reaccionar, el primer esfuerzo que se realiza es el del cultivo inicial, el de la innovación importada, sea a base de una revista o de una referencia; "fulano hizo aquello en tal parte y aquí también ha de hacerla", y así solamente tenemos el trasplante irreflexivo de métodos extraños.

Claro está que esta innovación inicial la efectúan unos pocos con cierta discreción, discreción que es la que lleva la clave del éxito en algunos casos. Esta consecuencia necesaria de una labor bien encaminada, hace que los vecinos inmediatamente quieran superar a los triunfadores, y entonces se establece una segunda etapa, en la que todo el mundo al querer imitar, irreflexivamente adoptan medios de labor y de trabajo que se usan bajo condiciones muy distintas, en otros países. Se presenta así lo más peligroso y desconcertador dentro de la agricultura, o sea una avalancha de improvisados que, en su mayoría, van al fracaso, pierden enormes cantidades de dinero, porque ninguno o muy pocos, se toman el trabajo de investigar sistemáticamente la causa del fracaso y los medios de evitarlo. La conclusión de tal etapa, es un descorazonamiento general para todo lo que significa importación de métodos, innovaciones y nuevos sistemas, y todos regresan apasiblemente a la rutina, después de haber agravado más su situación económica con los dineros mal gastados,

Necesidad de progreso:

Es en tal situación que todos los países del universo, se han visto en la ineludible necesidad de organizar juiciosamente los Departamentos de Agricultura, para que vayan en ayuda del Agricultor. En semejante momento de desconcierto general, es cuando la técnica tiene que entrar con pie firme en reemplazo del empirismo, a remediar las deficiencias y a abrir nuevos senderos para la reorganización de las labores agrícolas de un país,

Para ello, la organización de los Departamentos de Agricultura, debe realizarse, tomando en cuenta los cuatro principales medios de que se vale la técnica para divulgar sus prin-

cipios y conocimientos dentro de las masas agrícolas de todos los pueblos:

1.—*Campos de demostración:* Que se limitan simplemente a una práctica prudente de introducción, selección y distribución de buenas semillas; a la divulgación de los principios indispensables para el cuidado de las eras y viveres; enseñan los medios prácticos de hacer injertos; divulgan la forma en que ha de practicarse eficientemente la poda y como puede hacerse para que las cosechas actuales sean mejor beneficiadas y sus calidades, seleccionadas con más esmero; dan rudimentos sobre el manejo de máquinas agrícolas simples, apropiadas y seguramente eficientes para las labores a que se refieren; en una palabra, hacen una labor intensa de divulgación, a base de entera sagacidad y experiencia.

La mayor o menor abundancia de tales campos de demostración depende del número de instructores turistas que puedan conseguirse para este objeto, los que deben ser enviados a diferentes zonas y sostenidos por algún tiempo en cada una de ellas en forma tal que su labor beneficie al mayor número de agricultores.

Una de las primeras líneas de trabajo en los campos de demostración, en la que puede especializarse un cierto número de ellos en cada región, es la formación de semilleros para la creación de líneas puras de plantas que den tipos fijos y estables de productos. Una vez ya establecida esta actividad, una vez que el agricultor sabe apreciar su labor y que comienza a tomar la costumbre de recurrir a este servicio, no solo, favoreciendo a los agricultores, se beneficia indirectamente el Estado sino que en sí constituye un negocio muy productivo por la utilidad que arroja la venta de buenas semillas.

2.—*Estaciones experimentales:* Estas, necesariamente, han de ser en mucho menor número que los anteriores. Su labor se encamina a estudiar el valor de ciertas rutinas, de ciertas prácticas en uso en cada región; hacen pequeños experimentos sobre abono, sobre distancias para sembríos, sobre métodos de poda, en fin, sobre tantas y tantas prácticas agrícolas diarias, en relación a los suelos predominantes de cada región, para saber, de un modo general, qué es lo que más conviene en condiciones determinadas.

3.—*Fundos de investigación:* Aparentemente, estos organismos son los más caros para el Estado; pero en realidad, son de los más baratos, dados los fines que el Estado persigue, ya

que en ellos se emplean métodos absolutamente científicos e innovadores. Allí es donde se realiza la labor de armonizar la ciencia pura con la ciencia aplicada, y la ciencia aplicada, en su máximo de eficiencia, con las necesidades prácticas de los hombres no científicos.

En el caso particular nuestro, de la necesidad de rehabilitación de nuestra riqueza agrícola, y, muy en especial, de nuestra agricultura exportable, el primer problema que tendría que afrontar un Fondo de investigación es el problema del cacao, a fin de que experimentalmente y tras una prolija labor de observación y experiencia, se llegue a reunir en un solo individuo, en una sola especie a base de lo que empíricamente se viene haciendo, las cinco diferentes características que necesariamente han de reunirse en un tipo de planta de cacao para que pueda resurgir nuestra industria cacaotera. Tales características son: 1º, resistencia a la Monilla; 2º, resistencia a la Escoba de Brujas; 3º, la calidad especial de nuestro cacao nacional, que no se encuentra en las variedades resistentes a estas enfermedades que son de origen extranjero; 4º, alta productibilidad por individuo, y 5º, sistema de ramificación baja o producción de molinillos que evita el que las arboledas sean descomunamente altas, y, por consiguiente, presta muchas facilidades para la cosecha y para la limpieza de las plantaciones. La reunión de todas estas características en un solo individuo es un problema de genética vegetal que, gracias al eficaz mecanismo Mendeliano, y ya que los Cromosomas del cacao son solo 8, la ciencia puede llegar a resolverlo, como lo han hecho otros países respecto de problemas semejantes, —y que, desgraciadamente, nosotros todavía no los vislumbramos siquiera, —porque los procedimientos para la organización agrícola, que se han empleado en el país, son procedimientos que no han enrubado la labor con un miraje elevado en nuestros fundamentales problemas, pero cuya resolución significará la conquista de un futuro grandioso.

4.—*Granjas modelo.* En éstas se sintetiza y se resume todo lo que los campos de demostración han enseñado, lo que las estaciones experimentales han sacado como conclusión y lo que los fondos de investigación enseñan como principios. Las granjas agrícolas son, pues, el manejo selecto de las mejores prácticas establecidas e innovadas en el país; constituyen el sumum de eficiencia respecto de una explotación agrícola cualquiera; no solamente son modelos científicos, sino que,

prácticamente, constituyen el modelo más intensivo de un negocio.

Sintetizadas así todas las labores de orientación que debe de efectuar un Departamento de Agricultura, debemos comprender los incalculables servicios que sería el proporcionar a los agricultores las conclusiones obtenidas en forma sistemática, pero sin olvidar que de esto no depende todo el éxito, recordando la sabia lección de un viejo profesor que al terminar sus cursos, dijo a sus alumnos: "Mis amigos, os he enseñado como deben hacerse las cosas; ahora, vaya cada cual a su trabajo y aprenda como se hacen". Y efectivamente, esa es la verdad, ésta se encuentra siempre en función de las condiciones pecuarias de cada caso, y de allí que el valor de las enseñanzas agrícolas, depende exclusivamente de la inteligencia interpretativa y de la aplicación de quienes las reciban.

El problema de resolver la forma cómo rehacer nuestra producción agrícola, tenemos que mirarle en todo momento en una doble faz: 1ª, la que se refiere a las necesidades económicas de pronta producción y retribución, labor que ha de efectuarse cuando de no abusar de la fertilidad de nuestro suelo, por la que nada hemos hecho hasta ahora; y así habría que ver cómo orientar la producción de cultivos anuales o temporales como el banano, el plátano, la yuca, el mani, el arroz, el algodón, el ricino, el lino, etc. Y 2ª, la relativa a la estabilidad de la gran producción permanente, o sea la que comprende aquellos cultivos cuyos beneficios pueden obtenerse después de cinco años cuando menos, como son el caso de una nueva industria cacaotera, del café, de las palmas de aceite, de los cocos, etc.

Pero toda esta labor debemos de hacerla sistematizando nuestros actuales medios de riqueza, en forma tal que no se desperdicien nuestros recursos naturales. Sabido es que entre nosotros poco, muy poco se ha hecho por defender la naturaleza, de la mano despiadada del hombre, el que se ha contentado con obtener una cosecha de uno o dos años, y poco le ha importado talar las selvas centenarias, desperdiciando los veneros de riquezas naturales que ellas contienen y que tenemos la obligación de conservar, como herencia para las generaciones futuras, para esas generaciones que tienen tanto derecho a la vida como nosotros.

Para este objeto necesitaríamos organizar especialmente dos importantísimos aspectos de la vida agrícola. Primero, el

que se refiere a la constitución y mantenimiento de las reservas forestales, tanto más necesario, cuanto que el incremento anual ininterrumpido de consumo de maderas en el mundo, va acabando los recursos naturales, y está calculado que dentro de veinte años el mundo sufrirá una de las más terribles crisis, la crisis maderera, por el agotamiento de las fuentes de producción y la poca previsión de las generaciones presentes. Segundo, el que se refiere al cuidado de la fertilidad del suelo, fertilidad que aunque muy rica en estos terrenos de América en especial en las zonas tropicales, las mismas condiciones de enorme precipitación de agua, sólo tiende a rebajar rápidamente los elementos nutritivos del suelo que van a perderse en las aguas de nuestros inmensos ríos. La cuestión de la erosión del suelo en las laderas de nuestras montañas, es otra face de este mismo problema de la fertilidad del suelo, respecto del cual nada hemos hecho, aún cuando es el aspecto en el que con menos riesgo podemos copiar las prácticas de los viejos países tropicales del mundo como la India, Java, Filipinas, etc.

Sistema de terratenencia:

Nuestro futuro agrícola requiere, indudablemente, que apreciemos con más intensidad el grado de responsabilidad que tenemos en la administración de las riquezas naturales del país. Y ello, innegablemente, tiende a hacer que, en fin de fines, sea dueño del suelo el que lo cultiva y que prospere entre nosotros la pequeña propiedad. Esto es lo que debemos desear y anhelar, y para esto tenemos que intensificar cuanto antes aquella labor de que ya hablamos respecto a la organización de la instrucción y el crédito agrícolas, para entonces poder capacitar moral y materialmente a los agricultores, a fin de que sean dueños de sus propios destinos y que se liberen de los actuales enemigos de la pequeña propiedad.

1º.—*Los enemigos de la pequeña propiedad.*—Los más terribles enemigos de la pequeña propiedad, podemos enumerarlos así:

a) *La usura*, que reviste entre nosotros tan despiadadas formas y que sólo desaparecerá cuando se ponga coto a la codicia de los prestamistas privados y cuando establezcamos el crédito agrícola oficial y la cooperación;

b) *Las autoridades*, que con los miserables sueldos que hoy ganan, sólo pueden subsistir mediante la más inicua ex-

plotación a los campesinos, aprovechándose de su espíritu tímido y de su ignorancia. Los Tenientes Políticos y los Jueces Civiles, salvo milagrosas excepciones, son los peores enemigos actuales de la pequeña propiedad;

c) *Los tinterillos*, que unidos a los anteriores constituyen los pulpos que impiden toda labor regeneradora en nuestros campos. Es triste tener que incluir en esta clasificación, a los rábulas y a muchos ministros de culto, que inmesericordemente esquilman día tras día, la paciente y sufrida labor del campesino; y

d) *La codicia de algunos grandes propietarios*, que se aviva, —en su deseo de defender la propiedad—, por la falta de efectivas garantías para la propiedad, y sanción para la delincuencia y el crimen.

29—*El fraccionamiento de la propiedad*. A medida que nuestra gran masa rural vaya capacitándose para luchar contra los terribles males que acabamos de exponer de un modo general, la misma administración de la gran propiedad se irá haciendo económicamente improductiva, lo que, indudablemente, inducirá a los grandes propietarios a buscar el fraccionamiento de sus haciendas, ora por la venta, ora por el sistema de arriendos; y la gran propiedad quedará reducida solamente a ciertos productos de exportación en gran escala, o de producción industrializada en igual escala por mayor, y que requiere un grado de eficiencia especial, para el mantenimiento de la calidad de los productos y de la unidad económica de las grandes industrias, y aún estas excepciones tenderán a reducirse, a medida que aumente el grado del nivel cultural, por medio de una labor cooperativa que implica y permite la especialización y subdivisión de labores dentro del ciclo general de la producción.

Si es cierto que la pequeña propiedad es una de las necesidades generales de la labor agrícola, puesto que en la agricultura no puede intensificarse la supervigilancia como sucede en la industria, porque la labor misma del campo requiere la diseminación de quienes la realizan, la consecuencia lógica de esta situación es que se hace indispensable la independencia en la labor, en forma tal que cada uno sea el dueño de sus propios destinos y de sus propias conveniencias.

Debemos encauzar esta tendencia creciente hacia el fraccionamiento de la gran propiedad agrícola, procurando que se determinen zonas específicas para que se realice esta labor, y

claro está, que se ha de comenzar por las zonas adyacentes a las grandes urbes, para que en tal forma, insensiblemente, la ciudad se extienda hacia el campo, y facilitar así la organización de los servicios que habrá de organizarse para estabilizar el proceso, y proteger algunas zonas como reservas forestales.

Sin embargo, sería igualmente necesario cuidar de que se limite el excesivo fraccionamiento que al dividir, generalmente por causas de sucesión de familia, exageradamente los lotes de tierra, constituye un enorme e infranqueable escollo para la explotación económica de tan pequeñas unidades, de lo cual vemos hoy un ejemplo tétrico en la India, donde se ha llegado al fatal extremo de la excesiva división de los lotes de la pequeña propiedad agrícola. De manera que frente a la necesidad de fraccionar la gran propiedad de la tierra, es conveniente también que se ponga una limitación para evitar el excesivo fraccionamiento.

A medida que surja la tendencia económica que marca el fin de la gran propiedad y que los propietarios se vean impelidos a parcelar sus propiedades o a arrendarlas, será necesario ir capacitando nuestras instituciones de crédito agrícola para que se pongan en condiciones de ayudar efectivamente al pequeño propietario y al arrendatario; y en lo que se refiere a éste, será necesario efectuar serias reformas en nuestro sistema jurídico, de tal manera que el simple arrendatario pueda recibir todos los beneficios que ha menester del crédito agrícola.